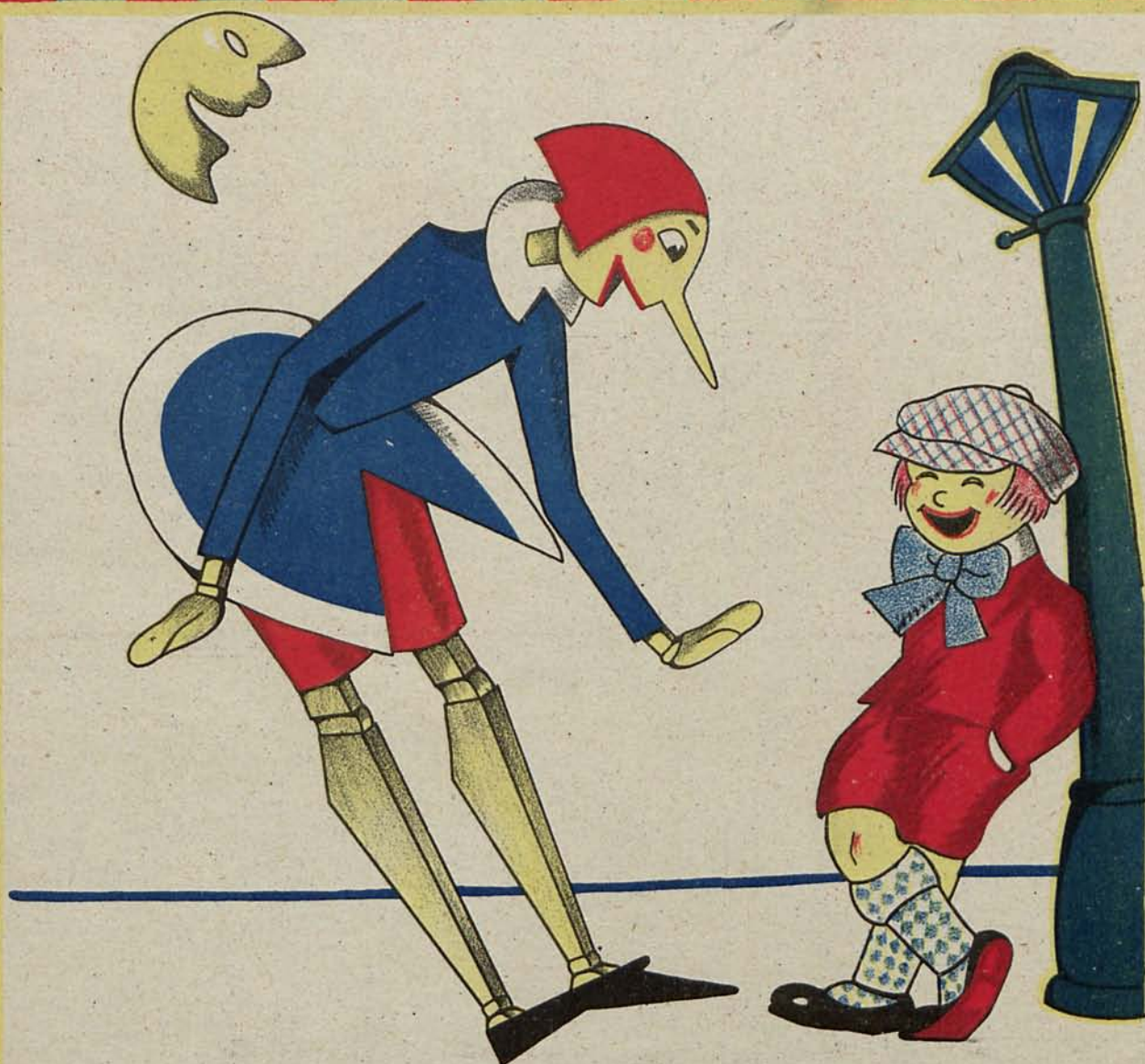


PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 185

25 cts

2 SETIEMBRE
1928



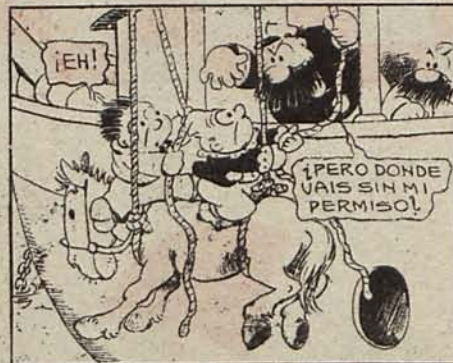
-- ¿ EN QUÉ SE DIFERENCIAN LOS PALOS DEL TELÉGRAFO Y LOS JUGUETES ? --
-- ¡ HOMBRE, NO SE !
-- ¡ EN QUE LOS DEL TELÉGRAFO SON PALOS GRANDES Y LOS JUGUETES PALOS CHICOS !

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORSI

(Continuación.)

—Un imperioso deber no me consiente vivir cerca de usted, como yo quisiera, de socorrerla moral y materialmente... Si lo puedo cumplir felizmente, entonces,

¡quién sabe! Volveré aquí, rogándole que acepte mi afecto filial en vez del de aquel hijo, del cual adora usted la memoria!

Nadia y Vera se afigieron mucho al ver el mal estado de salud de Sofía, que había enflaquecido; tenía brillantes las mejillas, los ojos secos e inflamados, y pusieron de acuerdo para que Nadia le procurase la necesaria asistencia.

Ya era muy tarde; Vera tenía que volver a la casa de campo, para no despertar sospechas, antes de que el profesor se percatase de su ausencia, y Nadia debía regresar al Palacio de Invierno, que podía dejar en determinadas noches, cuando un afiliado a los «Hermanos del Silencio» estaba de guardia en la salida particular del jardín.

A media noche relevábase la guardia, y no había tiempo que perder.

Vera, después de haberle dado a Sofía la dirección de la casa de campo para que en cualquier apuro o caso grave de necesidad pudiera acudir a ella, se dispuso a salir.

—¡Valor! le dijo a la pobre vieja desde el umbral de la puerta—. Y ruegue usted a Dios por mí.

Y desapareció con su compañera.

Nadia se dirigió apresuradamente al Palacio de Invierno, teniendo que separarse las dos amigas.

Vera, después de cerciorarse de que no la seguían, regresó con paso rápido y ligero al subterráneo de Pedro Kutorovic, volviendo a subir en el *egoista* con Shasky y Wassili, cuyos nervios vibraban todavía a causa de la fuerte emoción experimentada en la terrible escena, de la cual había sido hacia poco el actor principal.

Todos dormían en la casa de campo, y los tres noctámbulos pudieron entrar cada uno en su cuarto y meterse en sus lechos sin turbar en lo más mínimo el sueño de la vieja Marta y del profesor.

Al día siguiente Vera sostuvo un largo coloquio con Shasky y con Wassili, los cuales, por no existir ya los motivos de su antigua rivalidad, no sólo eran hermanos de fe, unidos por las mismas esperanzas, sino amigos cordiales y sinceros por recíproca estima de su propia lealtad y generosidad. Durante aquel coloquio le revelaron, por fin, a Wassili el motivo de su llegada y permanencia en la casa de campo. El accidente, del cual tuvo Vera la desgracia de resultar víctima, les había hecho perder quizás un tiempo precioso; pero, en cambio, les valió la familiaridad con Wassili y el haberlo ganado para la buena causa.

—Esto —dijo Vera— es una ventaja inapreciable. Wassili goza en cierto grado de la confianza del profesor y puede ser una valiosa ayuda para introducirnos en el misterioso gabinete, en el cual, sin duda, se guarda el secreto...

Wassili se puso a la disposición de sus amigos, aun cuando la idea de tener que burlar la buena fe de su ilustre maestro y amigo le llenase de turbación e hiciera titubear algo.

—El estado de ánimo de usted —le dijo Vera a Wassili— le honra mucho, mi buen amigo; pero piense usted en

que si engaña a su maestro no es para perjudicarlo, sino para servir la santa causa de millones de seres humanos. Esta idea os devolverá la tranquilidad de conciencia.

Wassili sintióse aguijoneado, no sólo por el deseo humanitario y patriótico, sino también por el ardor científico. Nuestros lectores saben ya que únicamente la esperanza de descubrir los maravillosos secretos del maestro había decidido a preferir la modesta posición, el aislamiento obscuro al lado del malhumorado profesor, a los éxitos brillantes que habría podido obtener con su talento en un Instituto público de estudios.

Wassili les confesó entonces a los dos amigos que hacía ya mucho tiempo que ardía en deseos de penetrar en el santuario del profesor, y que después de profundas cavilaciones y de muchas tentativas, abrigaba la esperanza de estar ya preparado para entrar, habiendo fijado la noche siguiente para llevar a cabo su tentativa.

—Luego les explicó que después de haber dado por inútil todos los ensayos hechos para penetrar en el gabinete por los medios ordinarios, pues el profesor abría la puerta de acero por medio de un secreto que él sólo conocía, había pensado en otro medio, estudiando la topografía del gabinete, cuyo pavimento correspondía al techo de los establos para los animales de experimento.

—Habiendo concentrado —explicó Wassili— toda mi atención a este sitio, preguntéme si no podía romper el techo y penetrar por la brecha en el gabinete. La cosa parecía fácil, pero oponíase a ello una gran dificultad. ¿De qué manera iba a disimular la brecha en el techo y en el pavimento? Entonces se me ocurrió una idea. Las cuadras son muy altas, y la vieja Marta lamentábase siempre de no tener un sitio donde meter todos su cachivaches. Yo la dije un día: ¿Por qué no le pide usted al profesor que construya un tabique de madera horizontal en el local de las cuadras? Así tendría usted un magnífico almacén. La idea entusiasmó a la vieja Marta, y construyóse el tabique. Entonces, desde mi nuevo puesto de acción, pude atacar la fortaleza con infinita cautela y sin causar ninguna trepidación.

»Aprovechando las horas en que el profesor dormía, pude, a fuerza de prudencia y de delicadeza, descostrando poco a poco el enyesado, llegar hasta los ladrillos del pavimento. Los ladrillos son muy anchos. Con levantar sólo cuatro, yo podía pasar cómodamente por el orificio. Preparé entonces una tabla del tamaño de la abertura, de modo que pudiera adaptarla con exactitud y fijarla con solidez, con el propósito de volver a colocar los ladrillos de manera que el profesor no pudiera concebir ninguna sospecha y andar por encima con toda libertad.

—¡Muy bien! —aprobaron Shasky y Vera, que escuchaban con grandísimo interés el relato de Wassili.

—Preparado todo de esta manera, me atreví con cierto temor a levantar los ladrillos. La operación salió a las mil maravillas, y así pude, sin despertar afortunadamente las sospechas del profesor, preparar el camino para el gran paso, por el que suspiro hace tanto tiempo.

—¿Y no tienes todavía ninguna idea —preguntó Shasky— del secreto que posee el profesor Guthowsky para aniquilar a un individuo de la misteriosa manera conocida, según se dice, por Cagliostro?

Wassili enmudeció por largo rato.

—Ignoraba la existencia de ese secreto. Sé, sin embargo, que el profesor ha hecho importantes estudios con los rayos N.

—¿Qué son los rayos N?

—Los rayos N fueron descubiertos por el profesor

Blondlot, eminente físico de la Facultad de Nancy. Este sabio, haciendo pasar los rayos Roentgen al través de una lámina de aluminio, separó un grupo de rayos completamente nuevos. Estos rayos atraviesan el aluminio y la madera, están polarizados rectilíneamente por sus emisiones, son susceptibles de polarizaciones rotatorias y elípticas, se reflejan y se difunden, pero no producen ni fluorescencia ni acción fotográfica.

»Además —añadió Wassili—, estos rayos son invisibles, no le causan al hombre ninguna sensación luminosa, pero aumentan el esplendor de la chispa eléctrica. Y esto es lo que permite descubrirlos, apresarlos y apoderarse de ellos. Los rayos que el profesor Blondlot llamó N, para recordar a la ilustre escuela de Nancy, rival perpetua de la de París, dirigida por el insigne Charcot, son incapaces de suscitar la fosforescencia en los cuerpos que se convierten en fosforescentes bajo la acción de la luz; pero cuando un cuerpo; por ejemplo, el sulfato de calcio, se ha hecho fosforescente a causa de la insolación, expuesto a los rayos N, y, sobre todo, a uno de los fuegos producidos por una lente de cuarzo, aumenta no solamente la fosforescencia propia. También, si se expone a estos rayos una llama de gas, pierde su color azulado, haciéndose más luminosa y más blanca.

—¿Y cuál es el medio más sencillo —preguntó Shasky— para descubrir estos rayos invisibles?

—La pantalla fluorescente. Estos rayos están muy esparcidos en la Naturaleza. Muchos cuerpos, aunque vivos, los emiten espontáneamente. Una pantalla de sulfuro de calcio expuesta antes al sol es el medio más sencillo para descubrirlo; ella reaviva la fosforescencia propia cuando se la expone a los rayos del sol, que penetran al través de los postigos de madera en una habitación oscura y cuando se le acerca a una piedra caldeada por el sol. El sulfuro de calcio, el sulfato y el carbonato de calcio, que son la substancia de los guijarros, poseen, pues, como el plomo, la propiedad de almacenar los rayos N; no así el aluminio, el papel y la parafina.

»Observen ustedes —añadió Wassili, exponiendo al pávido sol de rayo invernal que penetraba por la ventana un pedazo de sulfuro de calcio— cómo convierto en fosforescente este sulfuro de calcio.

Luego cerró los postigos.

—¿Qué hace? —preguntó Vera.

—Un pequeño experimento para convecerles de la verdad científica de mis afirmaciones.

Después, a la escasa luz que penetraba por las rendijas, Wassili les enseñó a Shasky y a Vera la ligera fosforescencia del mineral.

Sacó entonces de su bolsillo un sobre de carta, cerrado, y lo acercó al sulfuro. La fosforescencia de éste aumentó de repente de un modo notable.

—¿Qué es lo que contiene ese sobre? —preguntóle Shasky, cuando la luz entró otra vez de lleno en la habitación.

—Nada más que esto —repuso Wassili, rasgando el sobre y sacando un pedacito de sulfuro de calcio—. Lo que hay es que antes he expuesto esta sal a los rayos N; ella los ha almacenado, y de esta suerte ha podido aumentar la fosforescencia de su compañero.

—Todo esto es admirable —dijo Vera—; pero estos rayos N, poseen poca intensidad...; no se me alcanza cuál puede ser su utilidad práctica.

—Blondlot y Charpentier han pensado lo mismo, y sus estudios tienden precisamente a aumentar la producción de los rayos N. Blondlot ha descubierto que la compresión favorece en gran escala la producción de los rayos N.

—¿Y Charpentier?

—¡Ah! Charpentier ha hecho realmente un notable descubrimiento. El empleó para las pesquisas de los rayos N pantallas de platino y cianuro de bario, de los cuales regulaba la fluorescencia con una sal de radio cubierta con papel negro y colocado a la conveniente distancia... Ya saben

ustedes —explicó Wassili, adelantándose a la objeción— que el radium tiene la propiedad de suscitar la fluorescencia en cuerpos fluorescentes.

—Perdone usted —dijo Shasky—. Ha hablado usted antes de fosforescencia, y ahora habla usted de fluorescencia. ¿En qué se diferencian las dos propiedades?

—Se llama *fosforescentes* a los cuerpos que continúan enviando rayos aún después de haber dejado de recibirlos, y *fluorescentes*, a los que cesan de enviarlos en el momento en que dejan de recibirlos. Ahora bien, Charpentier ha descubierto que la fluorescencia y la fosforescencia aumentan junto al cuerpo humano, y, sobre todo, cerca de los músculos en contracción y de los centros nerviosos en funcionamiento.

—¡Es maravilloso! —dijo Vera.

—Entonces, nuestro cerebro, cuando piensa —dijo Shasky—, emite una especie de nimbo obscuro, que nosotros no vemos.

—Cabalmente, y que es tanto más intenso y obscuro cuanto más acentuada es la acción de nuestro cerebro. Y estos efectos se transmiten también al través de las substancias, que, como el aluminio, el papel y el cristal, son *transparentes* para los rayos N. Naturalmente, no se verifica esto al través de las substancias, que, como el plomo, son opacas para los mismos rayos.

—¿Y no pudiera suceder —objetó Vera— que el cuerpo humano produjese también estos rayos y los almacenase durante el día para emitirlos después?

—Charpentier previó esta objeción. El, después de haber hecho permanecer un cuerpo humano en la obscuridad durante nueve horas, descubrió que los fenómenos revelábanse todavía con mayor actividad. Es, pues, indudable que el cuerpo humano es un manantial muy notable de rayos N, que está en proporción de las funciones de los tejidos. Se puede, por ejemplo, limitar con exactitud el área del corazón observando los cambios de resplandor de un pequeño objeto luminoso colocado sobre la región cardíaca, y seguir también, como lo ha hecho Charpentier, el trayecto de un nervio superficial. Ya saben ustedes que el centro de Broca, el centro del lenguaje, reside en la tercera circunvolución frontal de la izquierda. Pues bien, Charpentier, aproximando una pantalla reveladora a aquella región del cráneo mientras hablaba el sujeto de experimento, vió cómo la pantalla se iluminaba con más intensidad. Si toman ustedes un tubo de plomo cerrado por un lado y una pantalla empapada en una solución de sulfuro de calcio y lo colocan sobre la cabeza de un hombre, la luz crece o disminuye en diversos puntos, según la intensidad de este o de aquel lóbulo, de esta o de aquella circunvolución cerebral.

Wassili veía pintado en el rostro de sus oyentes el asombro más extraordinario.

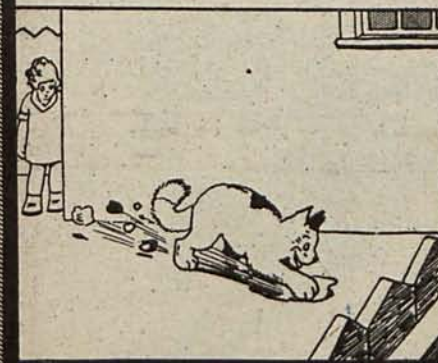
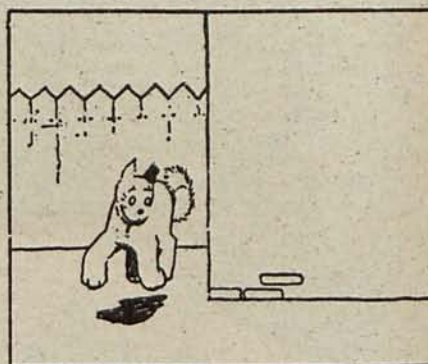
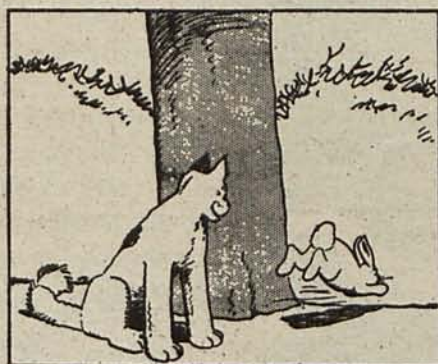
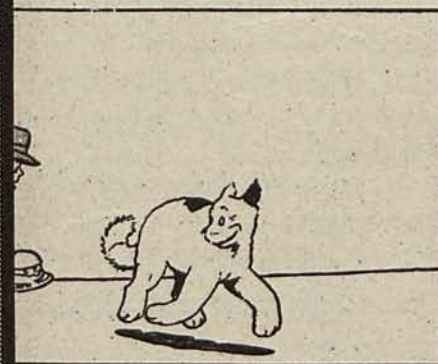
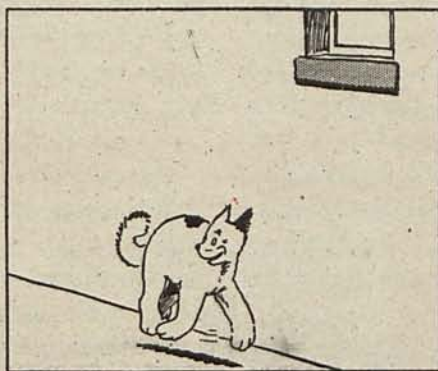
—Y, sin embargo —añadió—, esto no es todo. Hay también en la esfera de las hipótesis algo más admirable todavía. Un ilustre Padre jesuita publicó el 5 de mayo de 1904, con las iniciales A. P., en los *Etudes*, revista fundada en 1856 por los Padres de la Compañía de Jesús, un trabajo en el cual se hacen preciosas deducciones.

»Ya es sabido —dice aquel sabio— que todas las vibraciones pueden ser absorbidas por un cuerpo, capaz él mismo de emitirlas. El ejemplo más notable es el de la resonancia acústica. Una cuerda vibrante emite una nota y se pone a tono a otra cuerda con la primera. Esta vibra al unísono sin que ninguno la toque. Ha absorbido, pues, la vibración emitida por su vecina, se ha saturado y restituido el resto. Si, por consiguiente, los nervios y el cerebro emiten rayos N, sobre todo cuando redoblan de actividad, ¿no es probable que estos mismos nervios y este mismo cerebro absorban al paso los rayos N emitidos por un cuerpo análogo?

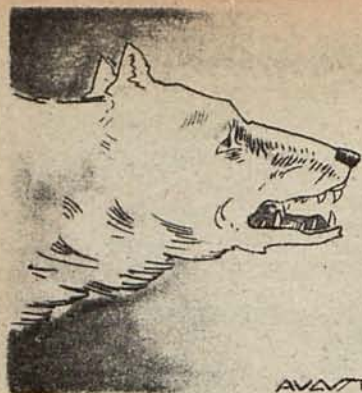
(Continuará en el número próximo.)

ANITA

BUEN- CORAZON



Reg. G. S. No. 60.1. Copyright 1928 by The Clifton Edition



LOS CAZADORES DE LOBOS

CUENTO DE E. SALGARÓ
(Conclusión.)

»El viejo cazador se volvió, y con la larga tralla que empuñaba, aplicó a los más cercanos tres o cuatro formidables latigazos, arrancándoles rugidos de dolor.

»Espantados de aquella acogida poco obsequiosa, disminuyeron la celeridad de su carrera, dejándonos ganar veinte o treinta pasos; pero luego, con un esfuerzo, recuperaron el terreno perdido hasta llegar de nuevo a los costados del trineo.

»Los renos, excitados sin tregua por el látigo y las voces del viejo Vorzoff, hacían esfuerzos desesperados por retrasar el asalto de los famélicos animales. Jadeaban con fuerza y sudaban como azufreras, a pesar del intenso frío.

»Las pobres bestias no podían más; se agotaban por momentos en aquel desenfrenado galope, mientras los lobos nos alcanzaban.

»De repente, el lobo grande que iba delante del ala izquierda se precipitó contra el trineo, tratando caer sobre mí.

»Ya no dudé más:

»De un tiro lo hice rodar sobre la nieve con la cabeza destrozada.

»Al oír el disparo, Vorzoff se volvió, diciendome:

»¡Imprudente! Ahora tendremos que seguir.

»Los otros lobos, al ver caer a su compañero, se lanzaron sobre él, disputándose ferozmente sus despojos. Mordíanse, encaramándose unos encima de otros, aullando espantosamente.

»Bastaron pocos instantes para que desapareciera el menor vestigio de aquella primera presa.

»Aguijoneados por el hambre, que aumentó al saborear aquel bocado, insuficiente para todos, reanudaron la persecución.

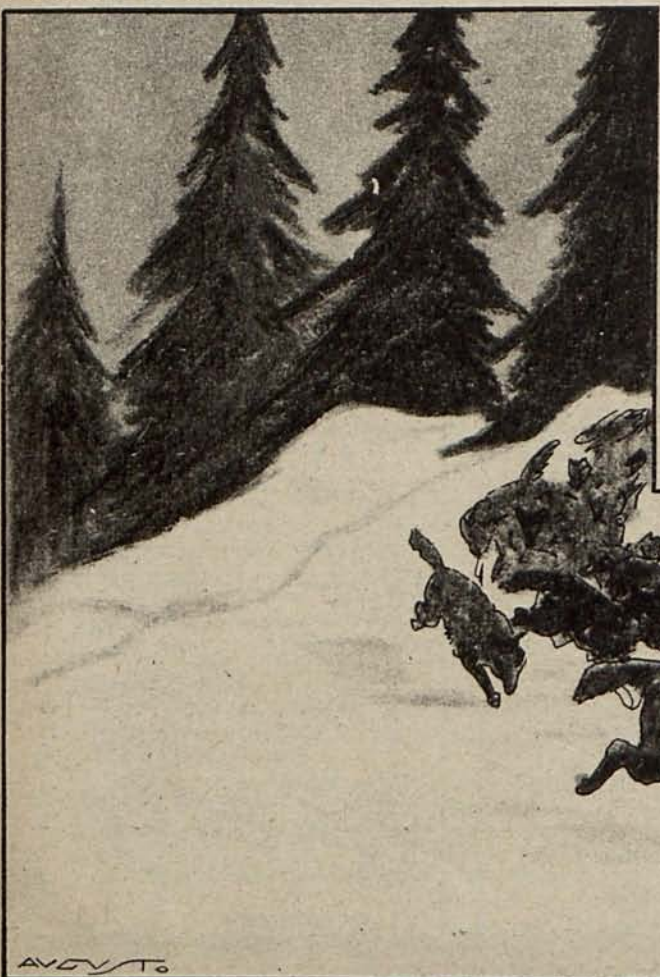
»Los renos habían aprovechado aquel instante de tregua para ganar un centenar de pasos. Pero pronto perdieron la ventaja, y los lobos volvieron a dejarse ver a los costados del trineo.

»Vorzoff sujetó las bridas a la traviesa anterior del vehículo, y empuñó la carabina.

»—Confiemos en la perspicacia de estos animales —me dijo—. Espero que sabrán continuar sin estrellarnos contra un árbol.

»Otro lobo, después de breve vacilación, se había lanzado contra nosotros. Hice fuego, y erré el tiro. El carnívoro, en lugar de huir, saltó sobre el trineo, haciéndome presa en una pierna.

»El viejo Vorzoff, con la culata de su carabina, lo tendió muerto; luego, volviendo el arma, la descargó en dirección al grueso de la manada, haciendo dos nuevas víctimas.





»—¡Tira al centro del grupo!—gritó—. ¡No te detengas si quieres salvar la piel!

»Los lobos se detuvieron otra vez para devorar los cadáveres de sus compañeros caídos.

»Aprovechamos aquellos momentos de respiro para volver a cargar las armas, y cuando los famélicos animales reanudaron su carrera, una nueva descarga derribó a tres más.

»—¡Famosa puntería—gritó el viejo, que comenzaba a entusiasmarse.

»—Aún tenemos que matar treinta—observé.

»Ya estamos cerca del caserío de mi hija—me dijo Vorzoff.

»—¿Qué nos falta todavía?

»—No más de dos kilómetros.

»—¿Podrán resistir los renos? Me parece que no tardarán en caerse.

»—Resistirán, Roskoff. ¡Vamos allá, otra descarga!

»A pesar de sus bajas, los lobos nos perseguían con tesón increíble, aullando desesperadamente. Ya no se detenían a devorar los cadáveres de sus compañeros, acaso comprendiendo que aquellas treguas eran fatales para los supervivientes.

»Ahora nos seguían de cerca, amenazando a nuestras pobres bestias. Nosotros continuábamos disparando, apuntando a los más atrevidos.

»Un lobo habíase lanzado al cuello de uno de nuestros renos, tratando de derribarlo; pero Vorzoff acertó a matarlo de un tiro disparado casi a quemarropa.

»El momento temido se aproximaba; los lobos caían sobre nosotros por todas partes.

»Dejamos los fusiles, por falta de tiempo de recargarlos, y empuñamos las hachas. Dábamos golpes a la ventura, destrozando cabezas y rompiendo vértebras.

»Ya nos considerábamos perdidos, cuando de im-

proviso vimos aparecer entre los árboles una patrulla de hombres.

»—¡Para, Voroff!—gritaron.

»Luego se oyó una tremenda descarga, que produjo un gran hueco entre la banda famélica.

»Nuestros salvadores eran los vecinos del caserío donde habitaba la hija del viejo ostiaco.

»Al oír nuestros disparos, comprendieron que se trataba de un trineo asaltado por los lobos y habían acudido en buen número.

»Los lobos, después de otra descarga, huyeron, desperdigándose por el bosque. Pero una mitad de ellos habían pagado con la vida su atrevimiento.

»Nuestra endiablada carrera no había sido completamente inútil. Cuando llegamos a la aldea, el viejo ostiaco aun tuvo el supremo consuelo de abrazar a su pobre hija y recibir su último suspiro.

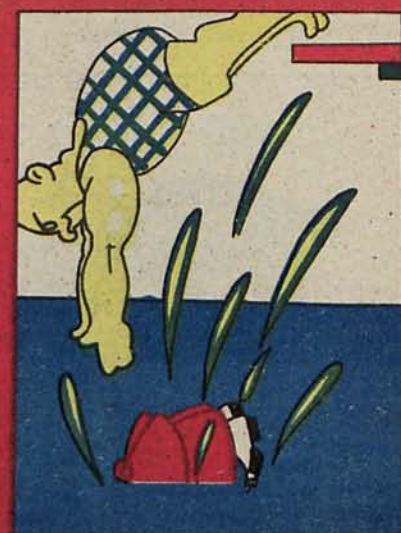
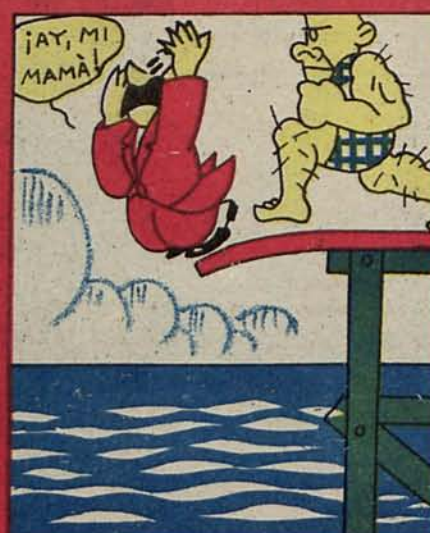
FIN



AVAYT.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN y su PANDILLA



BRANNER.

CUENTOS DE CALLEJA

EL PREMIO Y EL CASTIGO

Casilla



N uno de los pueblecitos que baña el poético y caudaloso Guadalquivir, había dos niños llamados, el uno, Aurelio, que era muy aplicado y juicioso, y el otro, César, que era discolo y mal estudiante.

Sucedió que un día, por los exámenes de junio, salió Aurelio muy contento de la escuela, donde le habían regalado, como premio de aplicación, un bonito diploma y un librito de Física recreativa, muy bien encuadernado. Avido de enseñárselo a sus buenos padres, corrió a su casita, y recibió los abrazos del padre, los besos llenos de lagrimones de la madre y de los abuelitos, con la enhorabuena de parientes y amigos.

Tenía el tal libro unas hermosas láminas, en las cuales se explicaba claramente cómo podían hacerse preciosos y sorprendentes juegos, cuya explicación científica servía de enseñanza provechosa. Una de las estampas representaba la manera de sacar un pedazo de papel de debajo de una moneda puesta de canto sin que se cayera; otra, el procedimiento para sostener un duro en el borde de una copa cargándole el peso de dos tenedores, y otras, por fin, eran unas sombras chinescas del mejor efecto, representando un perro, un gato, la cabeza de un borrico y otras mil cosas más. Por la tarde pidió Aurelio permiso de sus padres para ir con su compañero César a dar un paseo por las orillas del río para leer el bonito libro que había merecido por su aplicación. Obtenido el permiso, después de mil recomendaciones de su madre para que tuviese cuidado, salieron los dos amigos a su paseo; y apenas llegaron, buscó Aurelio un sitio agradable para dar comienzo a su lectura. César, más inclinado al juego, se entretenía en buscar nidos, o bien tirar piedras a los pajaritos, cegar los hormigueros o perseguir las lagartijas. Luego invitó a Aurelio a pasear por las frondosas márgenes del río. No quería Aurelio perder un ápice de su interesante lectura; pero como era complaciente y

bueno, accedió, y una impetuosa ráfaga de viento arrancó el libro de las manos del pobre Aurelio y cayó al agua.

Referiros la pena que esto le causaría, más es para visto que contado: un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos, y en ayes lastimeros decía:

—¡Ay, Dios mío, qué desgracia! Ese libro tan precioso, que tanto quería, lo he perdido para siempre. ¡Quién me concediera ser pececillo para ir en su busca, o ser tan bueno que un ángel, compadeciéndose de mí, le buscase! ¡Ay de mí, qué desgraciado soy!

Así decía el pobre Aurelio llorando; y sin duda, compadecido el Genio que habita en las aguas, se levantó de su húmedo lecho, y bajo la forma de un venerable viejo se acercó a la orilla, y dijo al niño:

No te apures niño amado,
yo tu libro buscaré,
y así que lo haya encontrado
en seguida lo traeré.

Zambullóse en el agua, y no tardó en aparecer de nuevo con el libro; pero las hojas del libro que traía eran de finísimo oro.

—Ahí tienes tu libro —le dijo el viejo sonriendo—. ¿No es ése, por ventura?

Aurelio, incapaz de mentir, le dijo que no; que el que le traía era mejor, y que, como no era suyo, no lo aceptaba, aunque le agradecía su bondad. Volvió a echarse al agua el viejo, saliendo a poco con otro libro igual al de Aurelio, sólo que sus hojas eran de plata.

—¿Es éste tu libro? —volvió a preguntarle el Espíritu de las aguas.

—No, tampoco lo es; sin duda vale más que el mío; pero no puedo aceptarlo.

El Genio del río volvió por tercera vez a zambullirse, y volvió en seguida con el libro de Aurelio; pero tan flamante y seco, que no parecía que hubiese caído al agua ni le hubieran tocado manos.

—¡Este sí que es! —dijo con vivísima alegría Aurelio.





lio—. Muchas gracias, buen anciano; vea usted en lo que le puedo servir.

—Sé bueno como hasta ahora, hijo mío, y Dios siempre te querrá; y para prueba de mi estimación, acepta estos dos libros que he sacado.

Y entregó los tres libros a Aurelio, después de besarle en la frente. Luego se sumergió en el transparente líquido. César, entretenido en perseguir lagartijas, se había separado de Aurelio, y ni vió caer el libro al río, ni escuchó sus lamentos, ni se enteró de nada. Pero cuando Aurelio, con un ingenuidad candorosa, le contó lo que le había ocurrido y le enseñó las joyas que le habían regalado, renació la envidia en su corazón, y pensó en sus adentros bajar solo al día siguiente para ver si a él le daban otros libros tan bonitos y valiosos como los de su amigo; y caso de que no fuera verdad, dar de moquetes a Aurelio y llamarle embustero. En efecto, al día siguiente bajó César al río y tiró una medalla de cobre que le habían dado por premio un año antes, cuando era más aplicado, y empezó a gritar y gimotear pidiendo auxilio para encontrarla. Tales gritos dió, y tales aspavientos hizo, que el Genio del río le dijo:

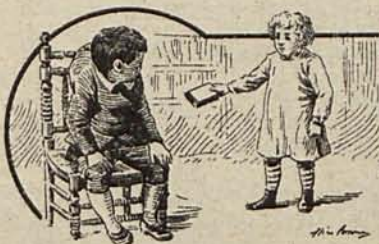
No te apures, jovencito,
yo tu pena aliviaré;
si te aguardas un poquito
la medalla te traeré.

Y metiéndose debajo de las aguas salió al poco rato con una hermosa medalla de plata mucho mayor y de más peso que la que César había tirado.

—¿Es ésta tu medalla?—le dijo.

Pero César, a quien servía de acicate la avaricia, fingiendo pesar, le replicó:

—No, buen anciano, no; mi medalla era mejor.



Arrugó el ceño el Espíritu de las aguas, volvió a descender al fondo y sacó la medalla que había tirado César, y le dijo:

—Sin duda es ésta la que buscas.

César reconoció su medalla perfectamente; pero su avaricia y la costumbre de mentir se sobrepusieron a la verdad, y dijo con desembarazo y algo amostazado:

—No sé, buen hombre, de dónde ha sacado esa basura que me trae: mi medalla era de oro puro y pesaba mucho.

Al oír mentir tan descaradamente, el Espíritu del río se indignó sobremanera; sopló sobre las aguas, que formaron un remolino espantoso, y dijo a César:

—Joven embustero: ya que no te has contentado con la medalla que saqué primero, y luego, creyendo que yo no lo sabía, has mentido con tanta soberbia, te digo que por espacio de cuarenta días tendrás el peso de tu ambición sobre ti, y en tu frente el letrero de tu gran embuste.



Y dichas estas palabras, el Genio del río tocó en la espalda y luego en la frente de César con un punzón, y desapareció. En seguida se le formó a César una enorme joroba de oro sobre su espalda, y en la frente, con letras de sangre, se leía la palabra *embustero*.

Llorando de verdad, y abrumado por el peso de un oro que le era tan inútil como incómodo, César se dirigió a su casa, donde os podréis figurar el disgusto que recibirían sus padres.

Pronto cundió por el pueblo la noticia de la desgracia de César, y unos le compadecían y otros se alegraban de su castigo. Como César no quería salir de su casa hasta cumplirse el tiempo del castigo, pues se avergonzaba de que le viera la gente, el buen Aurelio, siempre tan cariñoso, iba todos los días a verle, le consolaba con dulces palabras, y hasta le regaló uno de los libros que el Genio de las aguas le había dado.

Pasado el tiempo del castigo, César, acompañado de Aurelio y sus padres, fué a la iglesia, pidió humildemente perdón a Dios de su falta, luego bajo a la orilla del río, y el Genio de las aguas, mandado por el Señor, tocó de nuevo a César y quedó como antes estaba.

Digo, no, amables niños; que ya no fué ni ambicioso, ni embustero, ni envidioso: Aurelio y César eran los mejores amigos del mundo y la alegría de sus padres y del pueblo.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, mi querido Chonón?

—De lo que a ti te parezca, amigo buho. Dejo hoy el tema a tu elección.

—Ya sabes que yo encuentro tema en seguida. No lo pienso, y lo primero que viene a mi imaginación (porque has de saber que los buhos tenemos imaginación como los seres humanos) es materia aprovechable para hablar de ella. En este momento estaba yo recordando algunos proverbios del sabio Salomón. ¿Quieres que te cite algunos?

—Me parece muy bien.

—Y quiero que te fijas con tus cinco sentidos en estos proverbios, que encierran verdaderas sentencias.

—¿Sentencias nada menos?

—Es que son nada menos que del sabio Salomón. Estas sentencias son prudentes lecciones que sirven a todas las edades y a todas las condiciones de la vida. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, moderados y viciosos, para todos hay en estas normas de buen vivir provechosas enseñanzas y sabias doctrinas.

—Ya estoy preparado a oírte. Háblame, que te escucho con mis cinco sentidos.

—Pues ahí va el primer proverbio: *«Alábetelo ajeno y no tu boca; el extraño, y no tus labios».*

—Te comprendo. Quieres decirme que nunca debe uno hablar de sí mismo, sino dejar que los demás lo hagan. Pero a veces, y muchas veces, por cierto, ya sabes que todo lo que los demás hablan de nosotros no es lo justo precisamente.

—*«La doctrina del hombre, por la paciencia se conoce; y su gloria es pasar por encima de las cosas injustas.»*

—Tienes razón.

—Yo, no; la tiene Salomón, que fué el que dijo esto. Yo no hago más que repetir las palabras del sabio. Ahí va otro proverbio: *«Mejores son los castigos del que te ama que las caricias del que te aborrece.»*

—Eso ya lo sabía yo hace tiempo. De las personas que me quieren, no temo nada. Aunque me repriman y me castiguen, sé que lo hacen por mi bien; en cambio, de los que me aborrecen no quiero nada. No puedo esperar de ellos nada bueno.

—Veo que hoy tienes muy iluminada la inteligencia y que no hace falta que yo te explique nada. A este paso vas a llegar a ser un Salomón.

—No exageres. Te escucho con mis cinco sentidos, y eso es todo. Sigue con los proverbios y déjate de alabanzas.

—Oye este otro: *«Mejor es el sufrido que el hombre fuerte, y el que domina su corazón que el que conquista ciudades».* ¿Lo entiendes éste?

—Claro que sí; la conquista de las cosas por la fuerza engendra odios y malas pasiones. El corazón es ambicioso, desea muchas cosas; pero no todo lo que desea puede ni debe poseerse. Hay que dominar al corazón, hay que ser sufrido para contener sus impulsos. ¿Lo he entendido bien?

—A las mil maravillas. Vamos a ver este otro: *«Más vale ser convidado a legumbres con amor que con desafecto a un ternero cebado».*

—Por eso yo como siempre tan a gusto cuando me convidas a comer en tu casa. Porque el mismo cariño que pones tú en convidarme, lo pongo yo en aceptar, y aunque me sirvas patatas, me saben a gloria. En cambio, si Chapete me invitase a un banquete en su mesa, me haría el mismo daño que si tomase un veneno. Claro que yo no aceptaría una invitación de semejante muñeco de trapo, toda maldad, traición, perversidad.

—Otro más: *«Miserias ni riquezas no me deis a mí; dadme sólo lo necesario para mi sustento».*

—También lo comprendo. Ni hay que ser ambicioso ni tan abandonado que se deje uno caer en la indigencia. En un término medio estriba la virtud.

—A ver si sabes lo que significa éste: *«La esperanza que se retrasa aflige el alma; árbol de vida es el deseo que se cumple».*

—Un poquillo más difícil es de comprender. Déjame que lo piense un momentito. Ya, ya me parece que caigo. Quiere decir que no hagamos sufrir a nuestra alma con la esperanza de conseguir una cosa cuando ésta podamos y debamos alcanzarla en seguida. O sea que no dejemos para tarde lo que deseemos y podamos cumplir en el presente.

—Estás hoy preclarísimo, querido Chononcito. Me asombras. Eres todo un filósofo.

—Sigue, sigue con los proverbios.

—Este es bien sencillo: *«El alma perezosa padecerá hambre».*

—Clarísimo. Por algo la pereza es un vicio del alma. *«Contra pereza, diligencia.»*

—Otro: *«La sanidad del corazón es vida de la carne; la envidia es podredumbre de los huesos».*

—También sabía yo que la envidia era otro vicio, y también sé que contra envidia, caridad.

—¿Y éste?: *«La respuesta suave quebranta la ira; la palabra dura aviva la saña».*

—O sea que contra ira, templanza. Dime otros, porque yo ya sé que hay siete vicios y siete virtudes para remediarlos.

—Pues te voy a decir el último, porque ya va siendo tarde: *«Aun el necio, si callare, será tenido por cuerdo; y por inteligente si cerrare sus labios».*

—Ese proverbio lo sabía yo de otro modo, pero dice lo mismo: *«El que guarda su boca, guarda su vida».*

—Efectivamente, es igual. Y voy a decirte unos cuantos de propina, pero sin comentarlos, porque no hay ya tiempo: *«Come tu pan con alegría».* *«Un espíritu tranquilo es como un convite continuo.»* *«El corazón gozoso alegra la cara; con la tristeza del corazón cae el espíritu.»* *«No se aparten de ti la misericordia y la bondad; rodéalas a tu garganta y cópialas en las tablas de tu corazón.»* *«Una buena noticia que viene de lejos es como agua fresca para el que padece sed».* Y se acabó por hoy, Chononcito.

—Ya me has colocado unos cuantos proverbios que me van a dar qué pensar. Me voy a mi cuarto y allí, en mi silencioso recogimiento, meditaré. Me has dejado los más difíciles para lo último.

—Así tienes para pasar el rato. Anda con Dios.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Marina.

LUCIANO RIVERO.



Un pollito.
ROSARIO LOSADA.



Don Turu haciéndose la «toi-
lette».
ENRIQUE CONTRERAS.



Un marino inglés.
JOSÉ MOYA.



Soldado griego.
DELFIN SÁNCHEZ.



Castillo de Pinocho.
JULIO BERNÁLDEZ.



Pueblo de Pinocho.
MARÍA BARROSO.



Pinocho se ríe de Tin.
JAIME GONZÁLEZ.



Miquelete de Gui-
púzcoa.
MARGARITA SABA-
DIE.



Mi balandro.
ANTONIO L. COTERILLA.



Mi amigo Pinocho.
MARGARITA MA-
DRAZO.



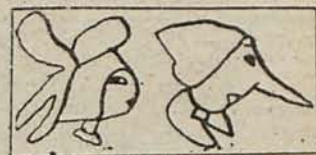
Niña «charles-
tón».
CARMELA LÓPEZ.



Pastora Imperio.
CARMEN MALDONADO.



Apita, buen corazón.
ELENA MATA.



Pirula y Pinocho.
ROSARIO LOSADA.



Currinche.
TOMÁS REIG.



Don Turu.
CARMEN LÓPEZ.



Soldado griego.
J. A. URGOTIA.



Una fortaleza.
I. A. U.



Retrato.
M. LAIRADO.



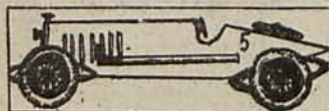
Pinocho.
LU-TA-SÉ.



A Mariquita le gustan las
flores.
MARÍA LINA LÓPEZ.



Mis mejores amigos.
ANTONIO RUANO.



Un Bugatti.
R. P. DE GRACIA.



El aeroplano de Gallarza.
JOSÉ LLAMAS.



Viajeros.
R. L.



Currinche.
F. MARTÍN.



De la pandilla.
TRINIDAD DE PA-
BLOS.



Morronguis.
C. MACHIMBA-
RENA.



Un «auto».
CARLOS ORLANDO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

ASTUCIA



En una casa de campo había muchos ratones, tantos, que sus moradores se vieron obligados a buscar varios gatos para atajar el mal. Entre estos gatos había dos de una listeza poco común en estos animales.

Se llamaban *Marramaquí* y *Miaufú*. Estos listísimos animalitos, en vista de que no cazaban ni un mal ratón, decidieron vestirse, el uno, de futbolista, y el otro, de gran señor.

¿Pero creéis vosotros que lograron engañar a los ratones? ¡Quíá! A todo hay quien gane. Y éstos eran más listos, pues se escondieron. ¿Dónde? Hay que hallar tres.

EL MAGO



Una niña entró a comprar unos libros en una librería y se encontró con un mago que le dijo:

—Si aciertas estas dos preguntas, te regalo los libros que quieres:

«¿Qué es más, seis docenas de docenas o media docena de docenas?»

«Si a mi edad le añades su mitad, su tercera parte y 3×3 , tendrás justo 10 más que 6×20 , lo cual es tu edad, más la mía, más 53. ¿Qué edad tengo yo y cuál tienes tú?»



PROBLEMA

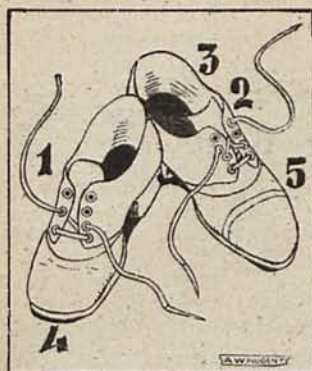
Como veis, la suma de estos números da 900. ¿Cómo hay que ordenar esos números para que su suma dé 100.000 añadiendo, en determinado momento, un 1.

40.5
39.6
7.8
2.1
<hr/>
900

CONTINUACIÓN DE LAS SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

NÚMEROS 164, 165, 166 Y 167

ERRORES



1.° Tres ojitos en un lado y cuatro en el otro.—2.° Los cordones mal.—3.° Orejas de los zapatos diferentes.—4.° Puntas diferentes.—5.° Pespunte en una puntera y en la otra no.

PROBLEMA

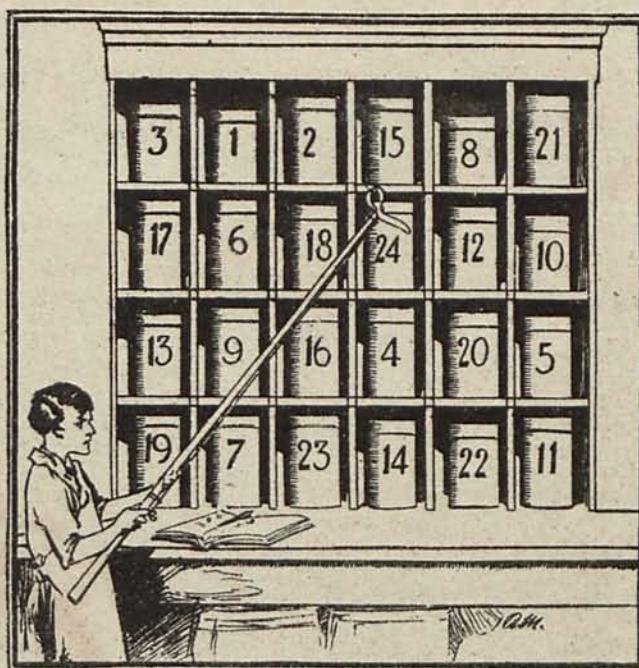


$$11 + 1 + 1 + 1 = 14$$

$$99 + \frac{9}{9} = 100$$

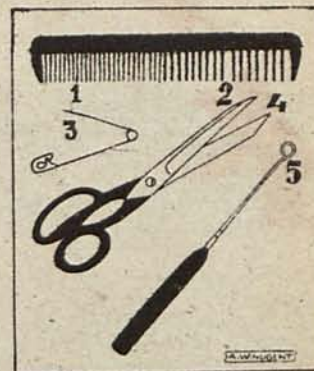
$$\frac{16}{6} + \frac{1}{6} + \frac{1}{6} + 11 = 14$$

CAMBIO DE CAJAS



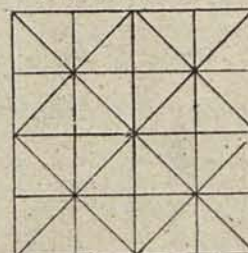
1.° movimiento (3 1). 2.° (2-3). 3.° (15-4). 4.° (16-15). 5.° (17-7). 6.° (20-17). 7.° (24-10). 8.° (11-24). 9.° (12-11). 10.° (8-5). 11.° (6-8). 12.° (21-6). 13.° (23-21). 14.° (22-22). 15.° (14-22). 16.° (9-4). 17.° 18-9). He aquí los diecisiete movimientos que tuve que hacer para ordenar las veinticuatro cajas.

ERRORES



1.° Una púa del peine corta.—2.° Dos púas muy separadas.—3.° La aguja del imperdible, corta.—4.° La tijera no puede cerrarse.—5.° El ojo del brochador, cerrado.

TRIÁNGULOS



Hay ochenta y ocho triángulos.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

Números 155, 156, 157 y 158.

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio** : Rosalía Sánchez y Sánchez.
Segundo premio : Alberto Miranda Cruz.
Tercer premio : Juanito Cuevas.
Cuarto premio : José María Estrada.
Quinto premio : Anita Roca González.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Miguel Ahumada, Carlos Iragoyen, Celia Montesinos, Rafael Cuevas, Manuel M.° Gozálviz, Guillermina del Cerro, Julito Díez, Deogracias Marina, Luis Gómez Pastor, Sofía del Hoyo, Santos Fernández, Carlos Ridaura, Melchor Echandarena, Leónides Igarúa, Josefina Valdecilla, J. Soto, Manuel Izquierdo, Ramón Gallástegui, Aurelio Aznar, Maruja Peña, Cruz Peña y Pérez, Rosa Lambert, Filiberto Monsalu, Jaime Vilaragut, J. M. R., Pablo Borbayte, Jesús Comas, Ricardo Cuesta.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE FEBRERO

Números 155, 156, 157 y 158.

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Cuentos...** { **Primer premio** : Adelina Moreno.
Segundo premio : Joaquín Donato.
Primer premio : José M.° A. Cascos.
Dibujos... { **Segundo premio** : Eugenia Pereira.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

José Chozas, Manuel Nieto Moreno, G. Mora, A. Rubio, Mercedes Lairado, P. Alcocer, Javier Ubeda, Josefina Baschwitz, Casimiro G. Renduelles, Pepe de la Iglesia, Rafael Díaz, Carlos Soto, José Marcos, Mercedes Rey, E. Martín, P. Moya, Lino Currás, Matilde Cabello, Eduardo Talegón, Lucas Lizaur, Domingo Villalba, Alejandro Miret, R. Saliza, Antonia Talegón, José M.° Pérez, Ximpa V., Nemesio Quintana, José Ogando, Adrián Talegón, F. Talegón, José Coll, Salvador Pozuelo, Guillermo José Kifes, A. Sierra, Elena Mata, Miguel Mochón, Pilar López, Elenita Caúl, José González, Enrique Alarcón, José Casanovas, Amalia Nieves, Antonio Papadá, Mariano Mañera, M. Alvarez Sotomayor, F. Alonso, E. Castro, Carlos Ugina, José A. Rodríguez, Luisa Fernández, Francisco P. Miravete, Alfonso Fernández.

SECCIÓN PIRULA

PIRULA, ZAPATERA



Una sandalia de baño original.—Si queréis «dar el golpe» a la hora del baño en la playa con unas sandalias originalísimas, nunca vistas quizá, fáciles de hacer y baratas, que no cabe más,

no tenéis sino copiar el adjunto modelo. Sirve cualquier par de alpargatas corrientes, de lona blanca con suela de cáñamo.

Se recorta toda la tela, no dejando más que la parte del talón y una tira en el empeine.

Esta poca tela que se ha dejado —y que conviene ribetear con una trencilla o a punto de festón para que los bordes no se deshilachen— se borda con lana en tonos vivos, rojo y azul, o azul y verde, o amarillo y azul, formando dibujos, a ser posible, geométricos, ajedrezado, rombos, lo que sea.

Y yo os prometo que no habrá quien al ver tan singular calzado, no os pregunte si lo habéis comprado en Rusia o en Checoslovaquia.

CUENTOS DE PIRULA

El gatito que bosteza y la sartén que frie. (Fin.)—Aquel principito, que era un joven caprichoso y antojadizo, al ver un grupo numeroso de gentes que lanzaba gritos de asombro y grandes carcajadas, dió orden de que trajeran a su presencia al causante del alboroto.

Marisol entró conducida por diez guardias y cincuenta criados cubiertos de galones dorados, atravesó el palacio real, y, al llegar a la cámara del príncipe, se dispuso a exhibir sus maravillas.

No bien Su Alteza hubo visto chisporrotear en la sartén mágica el asado sin lumbre ni aceite y hubo oído el «aaaaah» gatuno, declaró que aquellos dos objetos eran de su gusto y ordenó:

—Que le den a esta muchacha unas monedas de oro a cambio de sus curiosidades; me quedo con ellas.

Pero Marisol, cogiendo entre sus dedos las puntas de su delantal, hizo una graciosa reverencia y declaró sin inmutarse:

—Siento mucho, señor príncipe, que me los quiera usted comprar, pues yo no se los pienso vender.

El príncipe, que era altivo, frunció el ceño; luego sonrió con desdén.

—¡Ya! —dijo—. Por lo visto te parece poco precio; vaya, que le den, no unas monedas, sino un saco lleno de oro.

—No, gracias —dijo Marisol rechazando el saco que le presentaban.

El príncipe empezó a impacientarse, y pegó una patadita en el suelo.

—Vaya —exclamó— eres muy exigente; ponle precio tú misma y acabemos.

—No tienen precio —declaró Marisol—; no los vendo por nada.

Al oír estas palabras el príncipe se puso hecho una fiera, una fiera real, pero fiera al fin; empezó a gritar y a patear con la desesperación de un niño mimado a quien

se le niega un capricho por primera vez en su vida. Al ruido el rey acudió muy apurado y con la corona ladeada.

—¿Qué es eso, hijo mío? ¿Qué te pasa? —exclamó el monarca.

—Esta niña mala que no me quiere vender su gato y su sartén lloriqueó el príncipe designando a Marisol.

—¿Cómo se entiende? —exclamó el rey sulfurado—. ¡Que encarcelen inmediatamente a esa descarada criatura!

Y añadió:

—En cuanto a ti, hijo mío, no te apures; el gato y la sartén son tuyos de real orden.

Pero he aquí que lo mismo el gato que la sartén, que estaban encantados, debieron de sentir la injusticia que se cometía con su amita. Cuando el príncipe quiso coger la sartén, la soltó con un grito de dolor: ahora abrasaba. Al mismo tiempo empezaron a salir de ella torrentes de humo que llenaron la habitación, mientras



que el gato bostezaba de una manera tan extraña que su bostezo contagió a toda la corte; y todo el mundo se puso a bostezar irresistiblemente.

Aquello fué espantoso: rey y reina, príncipes y princesas, grandes damas y grandes señores, criados, mayordomos, guardias, y hasta el último marmitón de cocina, todos bostezaban ruidosamente, a la vez que carraspeaban, tosían y vertían torrentes de lágrimas por el humo que se les metía en la garganta y en los ojos.

Hasta que el rey, desesperado, exclamó entre toses, bostezos y carrasperas:

—Que saquen, ¡aaaaah!, a esa criatura de la..., ¡ejem!, ¡ejem!..., cárcel y que se lleve..., ¡jerrrr!, ¡jerrrr!..., sus trastos..., ¡aaaaah!..., infernales...

Marisol llegó entre dos guardias, cogió la sartén sin dificultad, y en el acto el humo se disipó; cogió a su gato y todo el mundo pudo, por fin, cerrar la boca.

—Vete ya —gritó el monarca iracundo— y no vuelvas a presentarte ante mis ojos.

—Eso sí que no —protestó el príncipe—; yo quiero la sartén y el gato; si Marisol no quiere separarse de ellos, que se quede también en palacio.

—¿Que se quede? —exclamó el soberano—. ¿A título de qué?

Entonces se le ocurrió al príncipe fijarse en lo mona y simpática que era Marisol, y declaró resueltamente:

—A título de princesa; me casaré con ella y en paz.

Pero Marisol se puso muy digna.

—Gracias —contestó—, yo no quiero un marido tan caprichoso, voluntarioso y testarudo cual Vuestra Alteza.

¿Creéis que el príncipe se enfadó al oír tales palabras? Todo lo contrario. Como Marisol era la primera persona que se resistía a sus caprichos, se enamoró de ella perdidamente, y suplicándola que le concediera su mano, le juró que por ella se enmendaría, y después de haber sido el más insoportable de los príncipes, se convertiría en el más encantador de los maridos; y

vivieron muy felices
y comieron codornices,
que no siempre han de ser perdices

